

IN MEMORIAM

NINA DE FRIEDEMANN

(1930-1998)

Nina de Friedemann fue una antropóloga singular. En ella convergían dos pasiones: África y América. Su interés por las culturas de los descendientes de los africanos en nuestro país la llevó a recorrer senderos insospechados. Entre el cielo y la tierra inventó teorías y métodos para construir relatos que unían incansablemente el presente de los afrocolombianos con un pasado delineado por huellas de africanía. Nina de Friedemann percibió la especificidad de las culturas cuyo ámbito de recreación no fue otro que el del terror esclavista. Cautiverio y resistencia componen el contrapunteo de su obra. Ella fue una *cimarrona* de la afroamericanística, en un país en donde la estereotipia hacia lo negro sigue siendo una perniciosa forma de discriminación sociorracial.



La teoría de la resistencia fue el eje que orientó sus pesquisas y su vida de antropóloga. Esta vía difícil fue una opción. Desde cuando terminó su formación en este campo, sus propios maestros y colegas consideraban que estudiar negros no era hacer antropología. Esta afirmación abre el artículo titulado: "Estudios de negros en la antropología colombiana" (1984), y siempre salió de su boca como un dardo, respondiéndole a quien pusiese en entredicho los legados de África a la conformación de las culturas afrocolombianas o la importancia de estas en la construcción de la identidad nacional. Pero además, en otros momentos de su vida profesional, exploró alternativas diferentes a la de los estudios afroamericanos.

Durante el periodo comprendido entre sus trabajos en San Andrés y la aparición de su libro *Ma Ngombe. Guerreros y ganaderos en Palenque* (1979), Nina de Friedemann se dedicó a los estudios sobre indígenas. En ellos invirtió el rigor y la intuición que siempre la orientaban. Su interés por los fenómenos de resistencia y de construcción de autonomías atraviesa tanto sus investigaciones indianistas como su obra afroamericanística. Los estudios posteriores realizados

entre la gente negra del norte del Cauca le imprimen a su trabajo un tono político, un carácter de denuncia. En 1978, fue galardonada por la Sociedad Antropológica Colombiana con ocasión del primer Congreso colombiano de antropología, el cual tuvo lugar en Popayán en el mes de octubre de ese año.

Su afán por escribir la llevó a vivir siempre entre notas y manuscritos que, poco a poco, tomaban cuerpo mediante múltiples ediciones. Los libros recientes sobre África, los de arte africano llenos de máscaras y objetos diversos, las referencias a los autores afroamericanistas cobran vida en sus escritos. Cada línea que escribió fue producto de la astucia, la belleza y el rigor. Etnógrafa sagaz, nunca menospreciaba la realidad que la circundaba.

Nina de Friedemann hacía antropología de muchas formas. Sus escritos sobre el Güelmambi (1971) y aquellos acerca del Palenque de San Basilio nos entregan el perfil de la científica. En ellos dio cuenta de uno de los hilos esenciales de la trama cultural de estas sociedades: sus formas de organización social. Narrando la historia genealógica de los cimarrones, los unos mineros, los otros ganaderos, hizo aportes teóricos y metodológicos para el estudio del parentesco. *Troncos y cuagros* cobran vida en libros y artículos dando así visibilidad etnográfica a quienes habían sido "invisibilizados".

La funebria y la fiesta también fueron objeto de sus preocupaciones. Los escritos relacionados con estos temas descubren a la antropóloga amante y perceptiva de la relación entre cultura y estética. El vínculo con la muerte de la gente de San Andrés y Providencia así como las detalladas descripciones del *Lumbalú* palenquero fueron descritos por su pluma. El tono de esas descripciones va acompañado de su disponibilidad permanente para sentir las vibraciones de los tambores o de las marimbas venidas de África. Igualmente logró registrar con las palabras la fuerza de los cantos de muerto que narraban orígenes de Angola.

Nina buscaba a África. Siempre la buscó y también la halló en la fiesta. El carnaval de Barranquilla fue uno de los espacios de emoción estética y de elaboración de conceptos que entregó al lector en palabras y en imágenes. Allí encontró que las vestimentas de los Congos, personajes protagónicos del carnaval de Barranquilla, eran las mismas que cuatro siglos atrás lucía el Mani-Kongo (Rey del Kongo). Esta comparación la logró gracias a la lectura de Filippo Pigafetta, quien a finales del siglo quince había publicado una descripción de ese Reino.

En los años ochenta, con su colega Jaime Arocha se lanzó en la aventura de escribir "cuentos sin ficción". *De sol a sol* representa una propuesta de renovación de la escritura antropológica. Siguiendo los mismos paradigmas, ambos autores entablan un diálogo mediante na-

rrativas poéticas que en último caso retrazan la historia de la trata, de la esclavitud y del devenir contemporáneo de los descendientes de los africanos en Colombia.

Para Nina de Friedemann, África en latinoamérica, y en particular en Colombia, no era tan solo un debate teórico, era también una manera de sentir la colombianidad. Por eso, cuando se hallaba en su estudio, rodeada de máscaras talladas de uno y otro lado del Atlántico, decía cosas sorprendentes. En una tarde de domingo, sacó de repente un libro en el cual se hallaban imágenes del África central y dijo: "Pero qué va, la marimonda no es un mico, es un elefante que nos llegó del Camerún". Ante frases como esta, uno siempre esperaba una explicación. Pero ellas no solo valían por la información erudita que desplegaba acerca del asunto. Eran valiosas, sobre todo, porque encerraban un reto intelectual y estético para el espíritu. Aliciente de toda investigación.

La obra afrocolombianista de Nina de Friedemann es un palenque; es una fortaleza de ideas y de propuestas que van desde anotaciones teóricas y metodológicas hasta sutiles interpretaciones poéticas. Nina creyó siempre en lo que hacía. Y por eso su labor, mucho tiempo solitaria, fue de gran osadía. Osadía interdisciplinaria que se manifestó desde muy temprano en su obra sobre el Palenque de San Basilio. Entonces subrayó la importancia de la investigación histórica en los asuntos afrocolombianistas. Después de recurrir a la lectura de documentos de archivo, anotaba que el palenque actual era probablemente un palenque residual, de los muchos que se habían conformado durante el siglo diecisiete en los Montes de María. De igual modo, logro perfeccionar su análisis sobre los *cuagros*, sugiriendo que su estructura espacial contenía los mismos perfiles coloniales de las estructuras militares defensivas de los apalencados. Su pasión por las culturas africanas y afroamericanas y su trabajo cotidiano en la escritura le valieron reconocimientos internacionales. En 1990, fue nominada al premio Gabriela Mistral.

De sus viajes al continente africano llegaba cargada de ideas, de olores, de sensaciones que ponía al servicio de un ejercicio profesional que siempre tuvo el mérito de ser comparativo, especialmente con África. Pero, además de las costas occidentales de ese continente, también conocía la historia de la esclavitud americana. Por su saber y su actitud de denuncia permanente de la discriminación racial en Colombia, en 1994 fue elegida miembro del comité científico del programa *La ruta del esclavo* de la Unesco.

Los tres años que antecedieron este nombramiento, los había dedicado a la elaboración de argumentos antropológicos pertinentes para

la redacción de la ley 70 de 1993, llamada de comunidades negras. Esta ley logró hacer visibles jurídicamente a los descendientes de los africanos en nuestro país. Desde entonces, esos pueblos étnicos han sido objeto de numerosas investigaciones. Sin embargo, cuando Nina de Friedemann inició su carrera decidió hacerlo a partir de este *objeto* de estudio, el cual no figura aún en el repertorio de la etnografía colombiana. De ahí que dentro de la historia de la antropología en Colombia, su obra merezca figurar como pionera dentro del capítulo que corresponde a los estudios afrocolombianos.

Su memoria está, sin duda, en el corazón de los afrocolombianos. Por eso vinieron a cantarla y a bailarla el día de su partida. Por otra parte, su memoria vive en su obra. En ella entregó al lector su singular manera de hacer antropología, la cual siempre combinó razón y emoción. Su legado afrocolombianista está impregnado de los olores de las selvas de Pacífico, de sonidos de cantos y voces en las horas de labor en las minas. También transporta los diálogos con los muertos y las horas de pastoreo de cebúes en el Caribe. Este conocimiento era un equipaje multicolor con el cual incitaba siempre a emprender un viaje al otro lado del Atlántico, a África. Autodidacta de la africanía, nos entregó de ella lo que cosechó en sus interminables horas de estudio, lo que recogió en sus libretas de apuntes durante sus viajes. Su obra es un puente que une a Colombia con África. Es un puente de doble vía que propone múltiples lecturas, todas ellas africanistas, acerca de la génesis y transformación de las culturas de los descendientes de los africanos en Colombia.

LUZ ADRIANA MAYA RESTREPO
Profesora asociada
Departamento de historia
Universidad de los Andes
Bogotá, 31 de agosto de 1999